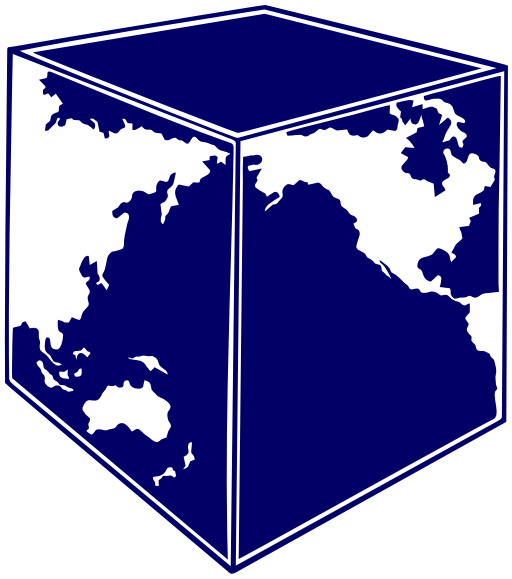
RED NACIONAL DE INVESTIGADORES SOBRE LA CUENCA DEL PACIFICO



Aportes de la Universidad de Colima III

Universidad de Colima

MANZANILLO: EL IMPACTO DEL TURISMO EN LA CULTURA REGIONAL

JUAN CARLOS REYES G.

UNIVERSIDAD DE COLIMA
DIRECCION GENERAL
DE CULTURAS POPULARES

Introducción

"Las identidades regionales ya no existen; las mató el proceso de universalización de la cultura occidental." Palabras más, palabras menos, esta versión de la hipótesis en boga sobre el "fin de la historia" -que por cierto parece perder terreno rapidamente- fue pronunciada hace apenas unas semanas por un ecónomo, maestro en historia, ante un grupo de estudiantes de posgrado. La respuesta fue unánime e inmediata "eso es falso, nosotros tenemos una identidad propia".

La discusión dio para muchas horas; no entraré en detalles. Sólo quiero señalar que el hecho mismo de la defensa de una identidad, que quizá ni siquiera sea fácilmente caracterizable -verbalizada- por quienes dicen tenerla, es el mejor indicador de su existencia.

Cierto, como si fuese condición sine qua non para alcanzar a la escurridiza modernidad, forzando a través de los medios masivos y procesos económicos, se busca imponer sobre los otros -nosotros- las pautas culturales de los países hegemónicos, y mejor diré: de las sociedades hegemónicas. "Parece" que irremisiblemente fuésemos hacia una homogeneización universal de la cultura; pero hay un largo trecho entre reconocer la amenaza y darse por vencido. Aceptarlo, sin más, sería negar para el futuro la riqueza implícita en la diversidad, y desconocer las capacidades de discernimiento y adaptación del hombre.

En nuestro caso, a más de estar "tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos", enfrentamos la paradoja de que a México es, precisamente su diversidad cultural lo que le hace más vulnerable ante ese proceso homogeneizador. Y puestos en la disyuntiva de: quedarnos en el limbo de la no-identidad, o ejercer acciones que nos permitan estar en posición de discernir para optar entre tomar lo ajeno y ayudar a bien morir a la que nos es propia, yo voto por crear las estrategias y medios para minimizar las consecuencias del ostensible empequeñecimiento del mundo, sin tener que dejar de ser nosotros mismos.

El asunto viene a cuento en esta reunión porque, entre otros de igual importancia, en la actualidad el turismo es uno de los factores que inciden en ese proceso de uniformación de la cultura, impactando de manera especial en las culturas étnicas, locales y regionales, y. como todos ustedes saben, entre los grandes proyectos en marcha para la región de Manzanillo está el que tiene como propósito convertirla en un emporio turístico; de proporciones sólo equiparables a los beneficios económicos que los inversionistas del ramo esperan obtener

Por tanto, me surgen las siguientes preguntas: ¿Se habrá considerado el impacto cultural del turismo en la población local? ¿Se habrán previsto acciones que lo eviten o, al menos, lo amortigüen?, y si así fuera ¿Con qué criterios?

Si se juzga por lo que se ve, no parece existir hasta hoy una preocupación real por parte de las autoridades -casi me atrevo a afirmar que ni siquiera existe la conciencia del fenómeno y sus implicaciones. Menos aún de la iniciativa privada, cuyos objetivos y metas son otros.

Con el propósito de ofrecer elementos que permitan tener al menos una idea mínima del problema que enfrenta la cultura manzanillense, trataré ahora de hacer un resumen de sus componentes histórí

cos y su situación actual, para finalizar con algunas propuestas que no tienen otro fin que el de sugerir caminos para la defensa de nuestra identidad, que sigue viva.

La Cultura regional*

Poco se sabe de la época prehispánica, excepto que hubo una fuerte influencia cultural nahua, y que la zona tenía una densidad de población relativamente alta. El visitador Lorenzo Lebrón de Quiñones (1) estimó que al inicio del siglo XVI, el Valle de Cihuatlán -dentro del cual consideraba a Manzanillo- estaba habitado por alrededor de 15 mil indígenas.

Pero escasos veinticinco años después, según el mismo autor, en 1554 quedaban sólamente treinta y cinco individuos de la población aborigen.(2) Tan drástico despoblamiento fue consecuencia de las guerras de conquista y, más tarde, de la aparición de epidemias y la imposición del trabajo forzado.

Una idea de lo que tardó en repoblarse la región nos la dan las siguientes cifras: Para el año de 1846, sumando a los habitantes de todos los pueblos, haciendas, congregaciones y ranchos existentes en la costa comprendida entre los ríos Armería y Chacala, encontramos que para mediados del siglo XIX ésta no rebasaba el millar de individuos.(3) Cincuenta años más tarde, el puerto de Manzanillo, sin duda el núcleo de población más grande de la región costera, contaba apenas con un millar.(4)

A partir de la aniquilación virtual de los aborígenes, la población regional se recompuso con una mezcla de indios colimotes de los valles del interior y -probablemente- tlaxcaltecas, traídos ante la escasez de mano de obra; a los que se sumaron negros, "indios chinos" -filipinos- y unos pocos españoles. Hacia fines del XVIII la presencia negra y filipina se había diluido; la población se conformaba mayoritariamente con indios, mestizos y criollos.

Con la expulsión de los españoles, que siguió a la Guerra de Independencia, llegaron los alemanes, y en menor medida ingleses y franceses. Se asentaron principalmente en el puerto, y dominaron el comercio a lo largo del siglo XIX; pero se conservaron culturalmente aislados.(5) Como consecuencia, la influencia europeo-sajona en la cultura local fue limitada, excepto en una cosa: la arquitectura.

Desde el punto de vista económico, la de Manzanillo fue una cultura que se desarrolló adaptándose muy estrechamente al contexto físico regional. La franja costera que le comprende está dominada por el mar y una casi ininterrumpida serie de lagunas costeras.

Decir, por usar un tecnicismo, que el clima dominante es cálido subhúmedo resulta frío y poco claro. Mejor diré que es caliente todo el año; que la temperatura llega a pasar de los 40 centígrados y que nunca baja a menos de 18. Que la temporada de lluvias dura, oficialmente, tres meses, junio, julio y agosto, y extraoficialmente -dependiendo de los ciclones que se presenten-hasta noviembre; y llueve a torrentes. Con frecuencia los ciclones han borrado rancherías y parajes completos, y con regularidad anual inundan grandes extensiones de los pocos terrenos planos existentes en la llanura costera.

A este clima corresponden una vegetación y una fauna tropical. Según dejó constancia el naturalista norteamericano Edward W. Nelson.(6) a fines del siglo pasado, lo que no eran dunas -infestadas de innumerables cangrejos moyos-, estaba cubierto por bosques de palma de cayado, tan densos que la luz del sol no traspasaba su fronda, y habitados por infinidad de aves, venados, pecaríes, tejones y varias especies de gatos monteses.

En las lagunas, por su parte, abundaban los caimanes y se criaban los temibles mosquitos, indeseables portadores de fiebres palúdicas.

Con la excepción del puerto,(7) donde había el trabajo esporádico en la carga y descarga de los buques que arribaban, y el manejo de las mercaderías que llegaban o salían, la única fuente de trabajo asalariado era la extracción de sal, pero éste era también un trabajo, si no esporádico, sí temporal, pues se realizaba, como hasta hoy, sólo durante las "secas".

En cuanto a la agricultura, hasta bien entrado el siglo XX, el único cultivo comercial que hubo en la

---

* Los apartados titulados "La cultura regional" y "Los Nuevos Gringos", son reelaboraciones de sendos apartados de la ponencia Manzanillo, una frontera marítima; leída en la reunión Anual de la Association of Borderland Scholars, realizada en Tijuana, B.C., los días 21 a 24 de febrero de 1990.

(1) Lebrón de Quiñones, Lorenzo. Relación breve y sumaria de la visita que hizo en Nueva España el licenciado Lebrón de Quiñones a doscientos pueblos. Trae las descripciones de ellos, sus usos y costumbres (1554) Colima, Mex.; Gob. del Edo. de Colima (Biblioteca Básica de Colima), 1988, pp. 29-32

(2) Ibid

(3) Vega Ramón R. de la. "Ensayo Estadístico sobre el territorio de Colima, mandado formar y publicar por la muy ilustre Municipalidad de la Capital del mismo Territorio" En Jaime Olveda (comp.), Estadísticas del Territorio de Colima. México: INAH (Colección Fuentes), 1985; pp. 40-41

(4) Los datos respecto al número de habitantes que tenía el puerto de Manzanillo a fines del siglo XIX y principios del XX, varían de una fuente a otra. Manuel Velázquez Andrade (1949, p.25), quien fue maaestro en el puerto en el año de 1898, da la cifra de 500; en tanto que Witold de Szyzlo (1987, p.238), geográfo que pasó por allí entre 1909 y 1910, señala que los habitantes sumaban 3 mil. Un término medio lo encontramos en el Handbook of Mexico (Geographical Section of the Naval Intelligence Division, Naval Staff, Admiralty, 1920 (?), p.45, 251), que dando como fuentes el censo oficial de 1910 y las observaciones in situ realizadas por personal consular británico en el país, dice:

Manzanilla (or Manzanillo), port, State of Colima, on Pacific Coast, 385m. W. of Mexico City.

Pop. 1,000, including many Chinese...

(5) Evans, Albert S. "Una visita de gala a Manzanillo y Colima". En Servando Ortoll, Por tierras de cocos y palmeras, Apuntes de viajeros a Colima, siglos XVIII a XX. México: EOSA/Instituto Mora (Colección Testimonio), 1987; pp. 105-158

región fue el del coco. De ahí que el cultivo y aprovechamiento integral del cocotero fueron determinantes en la conformación cultural, no sólo de la región costera, de Manzanillo, sino en la de todo el territorio de Colima.(8)

Lo demás era el aprovechamiento de los recursos naturales. La extracción de maderas preciosas, recolección del "coquito de aceite" -utilizado en la producción de aceite y jabón- la pesca -realizada principalmente en las lagunas- y la caza para la obtención de carne y pieles.

Con estos elementos se conformó la cultura regional de Manzanillo. Una cultura adaptada a su entorno; producto de la mezcla de culturas diversas, que a su vez produjo y reprodujo la suya propia.

Es cierto que aquellos bosques silvestres ya no existen, y de la fauna nativa sólo quedan los cangrejos, los mosquitos y algunas aves; otras cosas también se perdieron. Pero, a todo, le sobrevivió el esquema cultural forjado por la sociedad que enfrentó a esa naturaleza, evolucionando, a lo largo de cuatrocientos años, con el ritmo marcado por sus propias necesidades; ritmo que se rompió cuando, vestido de industria sin chimeneas, llegó el turismo.

Los nuevos gringos

Los colimotes del siglo pasado llamaron gringos a los europeos que se asentaron en su territorio; en su mayoría alemanes, como ya señalé. Gringo es ahora cualquier turista extranjero.

Aquellos primeros gringos no eran, en ningún sentido, turistas; de hecho, a la larga, acabaron por asimilarse a la población local. Sin embargo, para cuando ellos llegaron a Colima, la región de Manzanillo tenía ya siglos de recibir con regularidad visitantes temporales, a los que, a falta de una denominación más adecuada, llamaré prototuristas, que de tierra adentro acudían a la costa con motivo de la zafra de la sal.(9)

En el siglo XIX, el turismo, aunque aún no recibiera tal nombre era un fenómeno bien establecido en la región. La gente acudía a la playas de Cuyutlán, Manzanillo, Salagua y Santiago, en busca de los baños de mar.(10) El primer hotel destinado expresamente a quienes iban de paseo al mar se estableció en 1887, en Cuyutlán.(11)

En la década de los cincuentas del presente siglo, con toda su tradición turística a cuestas, y modernas instalaciones acordes a la época, Manzanillo seguía siendo un centro vacacional para nacionales. Pocos extranjero lo visitaban. El boom se inicia en los setentas.

En el período [1967-1973] las inversiones del gobierno *federal rebasaron los 2,500 millones de pesos en el estado de Colima. La magnitud de las obras emprendidas en los municipios costeros obliga a pensar que la mayor cuantía de esas inversiones se realizó en la región; obras como el puerto interior de San Pedrito concluido en 1971 y el aeropuerto de Playa de Oro (1974) fueron las más importantes del gobierno colimense. Paralelamente, se construyó la carretera costera Puerto Vallarta-Barra de Navidad en Jalisco. Previamente, en 1971 un grupo financiero internacional emprendió la construcción de un complejo turístico de lujo en las cercanías de Manzanillo, destinado al turismo de altos ingresos. El hotel Las Hadas, inaugurado a principios de 1974 y adquirido en 1975 por el grupo financiero regiomontano ALFA a través de su filial en bienes raíces y turismo CASOLAR, desató una serie de inversiones que fortalecieron esta actividad [...] El programa de inversiones de CASOLAR entre 1977 y 1985 contempla un total de 5 mil millones de pesos y espera afluencias turísticas de medio millón de visitantes al año.(12)

Y con el boom turístico se inició, también, un rápido proceso de erosión de la cultura manzanillense.

Pero si el turismo -aunque fuera con otras denominaciones- había existido en la región por siglos, ¿por qué hasta ahora rompió el ritmo evolutivo natural de la cultura local?

La primera respuesta se antoja obvia: el factor cuantitativo. Sin embargo, el incremento desmesurado y rápido en el número de visitantes responde a la pregunta sólo parcialmente. Hay también un factor cualitativo que, desde el punto de vista que nos

(6) Nelson, Edward W. "Report on District between Manzanillo and the Lower Armería River. México. January 25th. to March 4th., 1892". Washington Smithsonian Institution Archives. Record Unit 7178; US Fish & Wildlife Service, 1860-1961; Field Reports, Box 125/24.

(7) En la región existieron otros puertos además del de Manzanillo. En diversas épocas, a lo largo de los siglos XVI y XVII, estuvieron activos Salagua, Santiago y Barra de Navidad Melaque. Ya en el México independiente, el de Manzanillo fue oficialmente abierto al tráfico marítimo en 1825; doce años más tarde, en 1837, dejó de ser de altura y permaneció sólo para servicio de cabotaje. En 1838, con motivo del bloqueo francés a los puertos del Golfo de México, se le volvió a abrir al tráfico de altura, al que se cerró de nueva cuenta en 1839. De 1842 a 1848 se le retiró la autorización como puerto, pero ese último año se le concedió una vez más, ahora por el bloqueo sufrido en el Golfo con la intervención norteamericana. En 1848 se le cerró otra vez, pero ese mismo año se le rehabilitó definitivamente. Datos tomados de Bolio Oses, Jorge y Ramírez Inzunza, J. Rafael. Colima. Planificación Centralista y Crisis Local. México: FCE, 1988.

(8) Terríquez Sámano, M. Ernesto. "La del coco, una cultura transterraada" en: 2do. Foro Interamericano. Las Culturas Populares y la Educación Superior. México: Universidad de Colima, 1984; pp.118 124.

(9) No me refiero a los salineros mismos, sino a toda una gama de individuos compuesta de las familias de los salineros, comerciantes, tahúres, prostitutas, curiosos y demás, que aprovechaban el establecimiento de los poblados temporales que formaban los salineros en las playas.

(10) Fossey, Mathieu de. Le Mexique. Paris: Henry Plon, 1857; pp.407 409.

(11) Hernández Espinosa, Francisco. El Colima de Ayer, 3ra.ed.cor. y aum. México: Universidad de Colima, 1982, pp.138 139.

(12) Bolio Oses, J., op.cit., pp.87 88.- CASOLAR, incluyendo Las Hadas, fue vendido por el Grupo ALFA, en 1982, a la cadena hotelera Marriot.

interesa, el cultural, resulta de mayor importancia. Veamos algo del primero.

El incremento en el número de visitantes es producto y generador, a la vez, de la oferta y demanda de infraestructura y servicios; lo que implica un cambio sustancial en el uso del suelo -y habría que decir que de todo lo demás también.

Si los bosques de cayaco desaparecieron a consecuencia de una equivocada planeación, que en el afán de modernización sólo logró el rápido agotamiento de los suelos de la selva y el consecuente azolvamiento de las lagunas costeras, en pro del desarrollo turístico desaparecen ahora los cocotales y, con ellos, una parte significativa de la cultura local.

Igualmente amenazada se encuentra una industria ancestral, que influyó de manera destacada en la formación de la cultura local: la extracción de sal. Aún no sucede, pero -extraoficialmente-- se sabe que existe al menos un proyecto de desarrollo turístico que estará, precisamente, sobre los terrrenos ocupados por la mayor de las salinas que aún existen en la laguna de Cuyutlán.(13)

Las lagunas costeras son dragadas y transformadas de un día para otro en marinas, o unidades habitacionales, necesarias para acomodar tanto a una población creciente de trabajadores inmigrantes, como a los locales, cuyas habitaciones no reúnen las condiciones para ser exhibidos como objeto típico.

Todo esto lleva implícito un cambio drástico en la oferta de empleos. Hay una proporción inversa entre la demanda cada vez mayor de servicios especializados, para los que no está preparada la población local -como son los de hotelería en todas sus ramas y la construcción- y los que tradicionalmente ejercía esa misma población: la pesca de litoral -no deportiva, por supuesto- el trabajo en las salinas, la extracción de copra y la agricultura en pequeña escala, por mencionar algunos.

En cuanto a la otra parte, la cualitativa, por los elementos intangibles que comprende resulta más difícil de caracterizar, pero de algún modo he de intentarlo pues, a mi juicio, es la que cala más profundo.

El tipo de turismo masivo que se promueve actualmente tiene, entre sus características más destacadas, la de haber perdido la parte romántica que movía al viajero de antaño: la búsqueda de aventuras. Aquello implicaba el enfrentarse -y aceptar o rechazar- a otras culturas. El turista convencional contemporáneo sólo quiere ver -y sólo ve- lo que no le cause conflicto. Mientras más en casa se pueda sentir, mejor. No viaja para "sufrir"; viaja para hacer mejor, pero en otro lugar, lo mismo que hace en su casa cuando no está haciendo nada.

Pero como muy bien saben los promotores del turismo, aunque sea como lo he dicho, lo cierto es que el turista sigue haciéndose creer a sí mismo que va en busca de la aventura, de lo exótico; y si se quiere que la promoción tenga éxito, hay que darle algo que mantenga la ilusión.

Por esta razón, buscando con qué satisfacer esa supuesta necesidad de su clientela, el promotor recurre a lo que de original encuentra en la cultura local, se lo apropia, y lo transforma en un artículo de consumo que engrose su lista de cosas típicas qué ofrecer. Y si no encuentra lo adecuado para su clientela, pues lo inventa.

Es, precisamente, en esa apropiación de los medios de producción cultural donde reside el mayor peligro para las culturas que se enfrentan al turismo masificado. Y no hay que confundir, no se trata de lamentarse por la pérdida en sí misma de una tradición, costumbre, artesanía u otra cosa, no; éstas aparecen y desaparecen de acuerdo a las necesidades de la cultura que las generó. Ni tampoco es el miedo patológico a la contaminación cultural; nunca han existido las culturas impolutas. ¿Cuál es el problema entonces? Para aclararlo, cito a Guillermo Bonfil:

> El problema no está en la proporción de rasgos "originales" frente a rasgos "externos" que contiene en un momento dado una cultura, sino en quienes ejercen el control sobre esos rasgos: los participantes de esa cultura o los miembros de la sociedad dominante.(14)

Permítaseme poner un ejemplo. Por innecesarios que nos parezcan a quienes no participamos en ellos, los ritos colectivos cumplen con funciones sociales específicas dentro de la cultura que los creó; además de otras, dos de esas funciones serían el mantener la coherencia del grupo y afirmar y confirmar la pertenencia e identificación del individuo con el grupo. Un caso de estos ritos colectivos son las procesiones realizadas con motivo de celebraciones religiosas.

Aquí cerca, en el pueblo de Santiago, el Domingo de Ramos, la población local acostumbra realizar procesiones al templo. Bien, pues quienes acostumbramos asistir como observadores a estas festividades, con sorpresa descubrimos que ahora los em-

(13) Paradójicamente, la salinera es también una industria sin chimeneas.

(14) Bonfil Batalla, Guillermo. México profundo. Una civilización negada. México: CIESAS/SEP, 1987; p.198

pleados de un muy conocido hotel-club, procesionan portando no los tradicionales estandartes con motivos religiosos, sino estandartes con el logotipo de la empresa.

A primera vista esto podría parecer un noble intento por parte de la empresa de apoyar a las tradiciones culturales de sus empleados; sin embargo, por desgracia, no lo es. De hecho se trata de una promoción más, dirigida al turismo, a la que, para mayor desgracia, los mismos empleados se prestan, si no con inocencia, si con inconsciencia. En la procesión participan los huéspedes del hotel -norteamericanos y de religión protestante en su mayoría- que van como invitados a una "fiesta típica mexicana" (sic).

Las preguntas saltan de inmediato. ¿Con quién se busca, o con quién se logra la identificación? ¿Quién está ejerciendo el control sobre ese mecanismo de reproducción cultural? ¿Cuánto falta para que el rito pierda su función social original y se transforme de manera definitiva en un espectáculo con fines exclusivamente mercantiles; ajenos, además, a los intereses de la sociedad que le creó?

Es justo señalar que el turismo industrializado no es la única amenaza que pende sobre la cultura. La decisión del Gobierno Federal de convertir a Manzanillo en el más importante puerto comercial de la zona -la puerta de México hacia la Cuenca del Pacífico- y los intentos de industrializar la región son igualmente amenazantes. Pero la peor amenaza de todas está en la indiferencia con que ven el problema las autoridades. Hasta ahora, no se ha puesto en marcha, ni propuesto siquiera, ningún programa con el objetivo de reforzar la identidad cultural de los manzanillenses, que esté en proporción al proyecto "modernizador" que se busca implantar.

En busca de una cultura nueva, pero no ajena

Históricamente, la cultura manzanillense ha demostrado su capacidad de cambio; adoptando y adaptando, desechando y rechazando aquellos elementos que no se adecuaron a sus necesidades sociales. Sin embargo, la situación que enfrenta en la actualidad es radicalmente diferente.

Parafraseando a don Luis González,(15) quizá muchos de los venerados usos y costumbres ya no se avienen a un Manzanillo en perpetuo comercio con el exterior, dotado de vías y medios de comunicación velocísimos, universidades, desarrollos turísticos multimillonarios, fábricas y otras cosillas.

Ya no se trata de absorber un número limitado de inmigrantes, ni se vive en un mundo donde el aislamiento, aunque fuera relativo, era un factor de peso, por el cual los procesos de cambio se daban a un ritmo diferente al actual. En resumen, debe admitirse que el cambio se dará, pero lo que no se puede aceptar es que la nueva cultura sea resultado de una imposición.

Si la capacidad de respuesta de la población se ve obstaculizada por las circunstancias, como de hecho sucede -y aunque no fuera el caso- es deber del Estado, y de los intelectuales en particular, propiciar los medios que permiten a esa población expresarse para producir y reproducir su cultura propia; medios, también, para identificarse consigo misma, conocerse, autovalorarse y legitimarse ante los otros.

A fin de cuentas, un pueblo sin identidad, sin el orgullo de lo propio, es, también, un pueblo sin objetivos comunes. Y sin objetivos comunes sólo puede haber entreguismo.

Para finalizar, creo que la imagen de Manzanillo que actualmente se vende al turista es tan falsa, y la transformación real que ha sufrido el puerto de tal magnitud, que le queda muy bien lo que Nestor García Canclini (16) (1982, p.179) dijo refiriéndose a la isla de Janitzio: aquí, ahora, ni las artesanías, ni el pescado, ni la forma de vida son ya del puerto. Manzanillo es una gran empresa de simulación cultural.

(15) González y González, Luis; "Las tradiciones se despiden", en México mañana; México: Océano Nexos, 1988; p.11

(16) García Canclini, Néstor Las culturas populares en el capitalismo. México: Nueva Imagen, 1982, p.179.